

LA VUELTA AL HOGAR.

(A JOSE DE JESUS CUEVAS.)

¡Morelia! ¡suelo querido!
Al fin place á mi fortuna
Que, como el ave á su nido,
Torne á tí, verjel florido,
Donde se meció mi cuna.

¿Cómo describir podria
La placentera emocion
De dulcísima alegría,
En que al verte, tierra mia,
Se agita mi corazón?

No es un sueño vaporoso,
Ni una creacion ideal,
Ver como se alza grandioso
El imponente coloso
De tu bella Catedral.

Allá están tus altos montes,
Por do arrastra el sol poniente
Esa cauda refulgente
Que tiñe los horizontes
De gualda y carmin luciente.

Allí en tus pequeños lagos
Que el limpio cielo retratan,
De la brisa á los halagos

Se escuchan murmurios vagos
Que en el valle se dilatan.

Y en la llanura espaciosa
Que riega el Lerma cansado,
Miro tu alfombra vistosa
Do crece la blanca rosa
Con el girasol pintado.

Los fresnos se alzan erguidos
De tus bosques seculares!...
¡Salud, árboles queridos,
Que escuchasteis los sonidos
De mis primeros cantares!

Bajo esa verde enramada
Y entre el bello caserío,
Busca inquieta la mirada
Aquella quinta adorada
Que fué un tiempo el hogar mio.

En ella mis dulces horas,
Cuando era inocente niño,
Volaron encantadoras,
Y las alas protectoras
Vi del paternal cariño.

Mas ¡ah! que te miro al fin,
Idolatrada mansion;
Y de tu huerta al confin,
Encuentro el mismo jardín
Que amaba mi corazón.

Y las fuentes cristalinas
Que en cambiantes surtidores,

Riegan flores purpurinas,
Perfumadas clavellinas
Y geranios de colores.

Los bronces oigo sonar
Del alegre campanario
Que allá miro blanquear,
Y que convidan á orar
En el vecino santuario.

¡Cuán grata melancolía
De mi pecho se apodera!
Y de la memoria mía,
Ay! no se borra aquel día,
De mi juventud primera,

En que á ese templo sagrado
Con mi tierna madre fuí,
Y su rostro idolatrado
Por largo tiempo bañado
De amargas lágrimas ví.

Era que en breve á partir
Iba yo á tierra distante;
Y en su profundo sufrir
Pensaba en mi porvenir
Con solicitud amante.

Y en su triste desconsuelo,
A la madre del Señor
Pedia con santo anhelo
Volviere al nativo suelo
El objeto de su amor.

Tu ardiente voto acogido

Fué, madre, por mi fortuna,
Y como el ave á su nido
Ya torno al suelo querido
Donde se meció mi cuna.

Se acerca el feliz momento
Que tanto en mis sueños ví:
Tras dos años de tormento,
Vuelvo á la paz, al contento,
Que no hallé léjos de tí.

Vuelvo tu lloro á enjugar,
Y tu dulce voz á oír;
Y vuelvo consuelo á dar
A mi padre en el pesar
Que pudo hacerle morir.

A llegar voy!... mas en tanto
Que miro el hogar tranquilo,
¡Morelia, tierra de encanto,
Deja que en sencillo canto
Salude tu grato asilo!

Y miétras el sol declina
Su tibia apacible llama,
Tras la montaña vecina,
Goce yo en esta colina
De tu hermoso panorama.

Ah! que de aquea lumbrera
Que vierte en dulce desmayo
Su luz pura y hechicera,
Un día por vez postrera,
Veré el encendido rayo...

Pueda entónces, suelo amado,
Hallar tu humilde cantor
En tí un sepulcro apartado,
Do al fin, del mundo olvidado,
Duerma en la paz del Señor.



POESIA

leída en la solemne distribucion de premios del
Colegio de San Ildefonso de México, la noche del
12 de Noviembre de 1859.

(A MI QUERIDO MAESTRO Y AMIGO EL SR. LIC. D. TOMAS SIERRA Y ROSSO.)

Provocó entre nosotros cruda guerra
Su frente alzando la discordia impía:
Y al eco del cañon cruge la tierra
De uno á otro extremo de la patria mia.
Se oye zumbiar el vendabal que aterra;
Vecina está la tempestad sombría,
Y doquiera se mira con espanto
Sangre no mas, desolacion y llanto.

Si busca en ese cuadro el alma inquieta
Un consuelo al dolor que la avasalla
Y con su férrea mano la sujeta;
Ese consuelo en los acentos halla
Del arpa vibradora del poeta,
Que de las armas el estruendo acalla;
Y guardando en su pecho la creencia
Viene á cantar las glorias de la ciencia.

Hay una virgen por quien yo deliro
Una tierna beldad á quien adoro:
En mis ensueños sin cesar la miro,

Y su sonrisa enajenado imploro.
 Al escuchar mi lánguido suspiro,
 De mi vista se aparta aquel tesoro
 De gracia y perfeccion; y alzando el vuelo,
 Rauda se pierde en el zafir del cielo.

Esa blanca vision que me fascina
 Y no deja un instante mi memoria,
 Es la deidad ante la cual inclina
 Su noble frente la severa historia.
 Un ángel que á los pueblos ilumina
 Y que bien lo sabeis, se llama gloria:
 La gloria del saber, del pensamiento
 Que en el trono de Dios fijó su asiento.

¡Oh! por ella de un polo al otro polo
 Los inmortales nombres aun resuenan
 De esos hombres de Grecia, hijos de Apolo,
 Que con su canto el universo llenan.
 Alzase un orador inerme, solo,
 Y sus palabras que cual rayo truenan,
 Allá en la patria del cantor de Edipo
 Humillan la arrogancia de Filipo.

Por ella ciñe fúlgida aureola
 La frente del dulcísimo Mantuano;
 Y el grave Ciceron por ella sola
 El oráculo fuera del romano.
 El tiempo audaz á su furor inmola
 Generaciones mil; mas siempre en vano
 Pretendiera en el polvo del olvido
 El genio sepultar esclarecido.

Ved un imperio colosal que al mundo
 Entero sujetó bajo su planta:
 Un pueblo rey que con valor profundo
 Por doquier que sus pasos adelanta
 Se proclama en la lucha sin segundo
 Y en todas partes la victoria canta:
 Mas envuelto en el caos del paganismo
 Ese gigante marcha hácia el abismo.

En oscuro rincon de la Judea
 Un hombre se levanta, y en su frente
 Se vé brillar la luminosa idea
 Que ha de salvar la raza delincuente.
 No con armas ni ejércitos pelea;
 Habla tan solo, y á su voz potente
 El antiguo edificio se desploma,
 Y erguida se alza la cristiana Roma.

Faro de eterna luz y bienandanza,
 Del Gólgota sangriento en la colina,
 Signo de paz, emblema de esperanza,
 Apareció la religion divina.
 Por donde quiera que su influjo alcanza
 Las ciencias y las artes ilumina:
 Que en la augusta verdad siempre fecunda
 La civilizacion solo se funda.

A su fulgor los pueblos despertaron;
 Dieron vuelo á su noble pensamiento,
 Y mil genios y mil se levantaron
 De fe sagrada al poderoso aliento.
 Las religiosas cántigas sonaron;
 Del cristiano orador, se oyó el acento;

Y en el santuario el inspirado artista
Eterno lauro con afan conquista.

El alma tiende ansiosa la mirada
Al traves de los siglos y las glorias
Recorre atenta de la edad pasada;
Evocando gratísimas memorias,
Cuando del polvo de la tumba helada
Oye el eco salir de las victorias
Que en las heróicas y sangrientas lides
Alcanzaron cristianos adalides.

De la Europa se ven una tras una
Las huestes formidables que al Oriente,
Contra el Imperio de la media luna,
Se lanzan como rápido torrente.
De la sublime Redencion la cuna
Huellan los piés de musulmana gente;
Y opresa gime la sagrada tierra
Que el gran sepulcro de Jesus encierra.

Los bravos de San Luis, de Godofrope
Y de otros cien ilustres campeones
Cuyos nombres al turco infunden miedo,
Llenos de fé los grandes corazones,
Se adelentan y luchan con denuedo,
Y venciendo fortísimas legiones,
Se ve por fin de Cristo la bandera
Que allá en los muros de Salen impera.

Vuélvese á tí la vista, noble España:
Tras de siete centurias de horror llenas,
En que te oprimen con sangrienta saña

Las poderosas armas agarenas;
Del Católico Rey la heróica hazaña
De quebrantar acaba tus cadenas,
Con pasmo de la gente granadina
Que del Moro contempla la rüina.

La paz florece en tí; mas no desmaya
El ardiente entusiasmo del guerrero,
Que va á buscar en extranjera playa
Con quien medir su fulminante acero.
Ya nadie puede mantener á raya
Su indómito valor; y altivo, fiero,
Desde Italia á las costas africanas
La fama lleva y glorias castellanias.

Del inmortal Colon sigue la huella
El ínclito Cortes que en su osadía
La mas rica nacion y la mas bella
Somete al yugo de la Iberia un dia.
Y cual radiante matinal estrella
El velo rompe de la noche umbría,
Así de Anáhuac en la sombra oscura
La luz eterna de la fé fulgura.

De dulce paz en el tranquilo seno
El genio bienhechor sus alas tiende,
Y en el espacio azul, puro y sereno
Como el águila altiva el aire hiende.
De inspiraciones celestiales lleno,
Sobre la hermosa México descende,
Y de la ciencia al resplandor divino
Le muestra su magnífico destino.

¡La ciencia, oh juventud, cuyas lecciones
 Dulcifican las penas de la vida!
 La ciencia que modera las pasiones
 Con la justicia y la verdad unida;
 Y que ilustrando bárbaras naciones
 Do el monstruo del error hace guarida,
 Las conduce con mágica presteza
 A la alta cumbre de inmortal grandeza.

¡Jóvenes compañeros! ¿en el alma
 No sentís, como yo, dulce alegría,
 Al recibir la inmarcesible palma
 Que la amante Minerva nos envía?
 Cercano está de apetecible calma
 Para vosotros el dichoso día,
 En que la patria entristecida os llame
 Y vuestro apoyo con afán reclame.

El tiempo sigue su veloz carrera;
 Mas vuestros nombres guardará la historia,
 Y como el sol en la encumbrada esfera
 Destellará sublime vuestra gloria.
 Seguid vuestro camino, y á doquiera
 Que el destino os conduzca, mi memoria
 Unid á vuestro nombre esclarecido
 Para salvarla del eterno olvido.



EL PORVENIR.

(A ANGELA FERNANDEZ.)

A orillas de ese lago silencioso,
 Do su luz melancólica refleja
 El astro de la noche misterioso
 Que en lento curso el horizonte deja:
 Al pié de ese castillo ruinoso
 Donde viene á morir la triste queja
 Del manso viento, que cruzando leve
 Riza las ondas y las flores mueve:

A solas con los árboles gigantes
 De ese bosque fantástico y sombrío,
 Con esos torriones vacilantes,
 Emblema del humano poderío;
 Mas allá de los astros rutilantes
 Quiero elevar el pensamiento mio,
 Que en vano busca en el mezquino suelo
 La fuente inagotable del consuelo.

¡Oh genio de la noche, cuánto adora
 Tu incomprendible encanto el alma mia!...
 Mensajero de calma bienhechora,
 Que á quitar la mortal melancolía
 De la region descienes, donde mora
 El Dios Omnipotente que te envía:

Ven, y en la soledad pueda tu acento
Moderar mi profundo sufrimiento!

Aquí en la soledad apetecida,
Donde el suspiro de la brisa errante
Me parece la voz grata y querida
De la santa mujer que ni un instante
De mi afligido corazón se olvida;
Hiere mi oído el eco sollozante
De la voz de una madre, que á su hijo
Dos años hace que al partir bendijo.

¡Aquí en la soledad!... porque las flores
Que recogen sus tímidas corolas;
Del lago trasparente los rumores
Que al opuesto confín llevan las olas;
Y la luna que vierte sus fulgores
Sobre esas torres tétricas y solas,
Todo me habla un lenguaje de esperanza
Que mi razón á comprender no alcanza.

¡Ay! en medio del mundo bullicioso
Donde risueña juventud delira,
Yo no puedo encontrar aquel reposo
Porque ircesante el corazón suspira:
Que todo en ese piélago sañoso
Presa es del viento que alza la mentira,
Y las blancas visiones que aparecen
Cual la espuma del mar se desvanecen.

Yo era feliz al despuntar la aurora
De mi edad juvenil; porque soñando

Con hermosos fantasmas cada hora,
Las cuerdas de mi cítara pulsando,
Mandé á los vientos mi canción sonora;
Y en sus alas volvióse el eco blando
De la fuente, del bosque y la llanura,
Diciendo como yo: ¡paz y ventura!

Recuerdo que una tarde en Occidente
Ví un celaje de púrpura teñido
Por los rayos del sol, cuando su frente
Hubo tras las montañas escondido.
Latió de gozo el corazón ardiente,
Y dije, de entusiasmo conmovido:
"Como esa nube que gentil descuella,
Tal es mi porvenir, mi vida es bella."

Mas despues otras nubes se agruparon
En torno del celaje, y lo absorbieron;
Y en confuso tropel se abalanzaron,
Y aquel vasto horizonte ennegrecieron.
Mil siniestros relámpagos brillaron,
Los montes con fragor se estremecieron...
Y clamé, con el alma entristecida:
"Tal es mi porvenir, hé aquí mi vida."

¡Oh madre! ¡cuántas veces me dijiste
Amorosa estrechándome en tu seno:
"En el desierto de la vida triste
Verás un porvenir de sombras lleno;
Mas acuérdate siempre que naciste
Para adorar el nombre del Dios bueno,

Y que tus amarguras y las mias
Han de trocarse en santas alegrías!"

¡Quién me diera surcar en ráudo vuelo
El anchuroso espacio, y á tu lado
Pedirte, oh madre, en mi afliccion consuelo
Para vivir al ménos resignado!
¿Por qué el destino me arrancó del suelo
Donde tu dulce amor he disfrutado?
¡Ay! ¿dónde están del maternal cariño
Los besos que sentí cuando era niño?

Sólo en el mundo, la existencia sigo
Como cruza la errante golondrina
Que en extranjero hogar busca un abrigo
Y no lo halla tal vez la peregrina!.....
En esta soledad, mudo testigo
De que á tí mi recuerdo se encamina,
Son, madre, tus palabras mi consuelo:
"¡Hijo, tu porvenir está en el cielo!"



A MI QUERIDO Y RESPETABLE AMIGO,

EL SR.

LIC. DON ANTONIO MORAN.

Si alguna vez con entusiasmo ardiente
Quiso el vuelo tender arrebatada
Mi débil fantasía;
Y á la cumbre sagrada
Del Olimpo llegar, do el bello coro
En inefable cántico sonoro
Inspira la sublime poësia:
Y si de gloria en mi agitado sueño
Alguna vez para ceñir mi frente
Con laurel inmortal, formé atrevido
El temerario empeño
De hacer dar á mi lira el son valiente
De la lira de Píndaro divino,
O el de la que tañera el Venusino
Dejando absorta á la romana gente;
Es hoy, que cantar quiero
De tu amistad dulcísima el encanto;
Hoy que alta gratitud mi labio mueve,
Y que este afecto santo
Que mi sensible corazon conmueve,
Decir quisiera, con afan profundo,
En un idioma que admirase el mundo.